



cion, efectuada el 25 de Abril, y que fué para los nuestros ocasion de grandes festejos y ganancias, erigióse en el campo de batalla un monumento que eternizase la memoria de aquel día, y el general vencedor fué declarado grande de España y duque de Liria, aclimatándose desde entónces su generacion en nuestro suelo, representada hoy en la familia actual de los duques de Alba. El duque de Orleans, sucesor del de Berwick, á poco de esta victoria, se aprovechó de ella, y dividiendo el ejército en dos trozos, entró con grande actividad por las provincias sublevadas. Asfeld, jefe de uno de estos dos trozos, maniobró por la parte de Murcia y el Mediodía de Valencia, tomó á Requena y Alcira, destruyó cruelmente á Játiva, y aumentada su division con nuevas tropas que le cedió Berwick, sometió á Felipe en aquel año toda aquella porcion de territorio, salvó las plazas de Denia y Alicante. El duque de Orleans por su lado entró en la ciudad de Valencia por entrega que de ella le hicieron sus habitantes, y dejando luego al duque de Berwick la direccion de las tropas, marchó á Navarra para ponerse al frente de otras que le llegaban del vecino reino. Con ellas entró en Zaragoza, ocupó rápidamente todo el territorio aragonés, é iba á penetrar en Cataluña, única provincia donde el partido del archiduque predominaba, cuando tuvo que enviar á Francia gran parte de sus huestes para acudir á la defensa de Tolon, sitiada por los aliados. Malogróse el intento de los sitiadores, y hubieron de salir del territorio francés perdiendo allí catorce mil hombres. Volvió Berwick con las tropas que había llevado, y el duque de Orleans tomó á Lérida despues de un sitio de dos meses. La reconquista de Menorca por el conde de Villers y la de Ciudad-Rodrigo por el conde de Aguilar fueron, con lo que ya queda dicho, las principales operaciones de aquella campaña. En este año fueron, por disposicion de Felipe V, privados de sus antiguas franquicias las provincias de Aragon y Valencia, dura medida que disgustó á muchos y que sólo tiene por excusa el haber sido consecuencia de una rebelión. El día 25 de Agosto lo fué de gran regocijo en la corte por haberle nacido al rey un

heredero de su corona, que se la ciñó despues durante un reinado efímero, y fué conocido con el nombre de Luis I. Así iban los asuntos de los borbones tan bien dentro de España como mal fuera de ella.

Abrióse bajo estos auspicios la campaña del año siguiente. Galloway y el marqués de las Minas habían sido separados del mando de las tropas, y en la parte oriental de España eran el austriaco Staremberg y el inglés Stanhope los que sustentaban la parte del archiduque, mientras por el lado de acá de los Pirineos entretenía Noailles el temor de los catalanes. El duque de Orleans, despues de reconocer las provincias de Aragon y Valencia para hacerse cargo del estado de los ánimos, los recursos y las fortificaciones, todo lo cual se hallaba por cierto en condicion muy deplorable, atacó á Tortosa en combinacion con Asfeld y la obligó á capitular. Lo mismo sucedió con la villa de Falset, y tras esto Asfeld volvió á pasar el Tura, tomó por asalto á Denia, y se hizo dueño por capitulacion de Alicante, despues de haber hecho estallar bajo el castillo una enorme mina, cuya explosion causó la muerte del gobernador y de muchos oficiales. En la frontera de Portugal fué poca la ventaja que obtuvimos.

En cambio Oran cayó en poder de los moros con la ayuda de los ingleses: Mallorca y Menorca, solicitadas por Stanhope, se separaron de la obediencia de Felipe V, y si la fortaleza de Puerto Mahon se mantuvo fiel por algún tiempo, cayó finalmente en poder de los aliados, é Inglaterra, en virtud de la buena disposicion del castillo y de la plaza, hizo con la isla de Menorca lo mismo que había hecho con Gibraltar.

En 1707, Daun había llegado á Nápoles y se había apoderado de todo aquel reino con muy poco trabajo; la mayor parte de las ciudades se ofrecieron voluntariamente al yugo austriaco por esquivar el borbónico; sólo Pescara y Gaëta se defendieron vana, aunque gloriosamente, siendo presa en esta última con sus tropas el marqués de Villena, virey á la sazón de aquel estado.

Cerdeña también, despues de algunos alborotos, se declaró por el archiduque, entregando



sus naturales la isla al conde de Cifuentes, que pasó allá con alguna fuerza; siguieron Orbello y Piombino el mismo ejemplo, y sometida toda la Italia á la preponderancia austriaca, el pontífice, solicitado por ella, se hizo medrosamente á la parte del archiduque, y reconoció su soberanía sobre el territorio adquirido. No pararon en esto las pretensiones del alemán, pues obtuvo del papa Clemente XI, que aunque adicto á la casa de Borbon y deseoso de concordia, prescindiese de sus afectos personales para seguir el camino más acomodaticio á su política, y en consistorio celebrado el día 14 de Octubre de 1709 reconociese al pretendiente Carlos III por rey legítimo de las Españas. Felipe V, al saber estas nuevas, previa consulta de teólogos, cortó sus buenas inteligencias con el papa bajo pretexto de que ejercía coaccion sobre él el partido austriaco; despidió de España al nuncio apostólico, suprimió el tribunal de la nunciatura, encargó á los obispos la particular administracion y gobierno de sus respectivas diócesis, y hasta proyectó la convocacion de un concilio nacional.

En Flandes seguían malparadas las armas francesas, á pesar de la direccion del duque de Vendome. Derrotadas por Marlborough en la fatal jornada de Odenarde, cayeron Lila, Gante é Ipres en poder de los aliados, favoreciendo á éstos la disension que por motivos de poca monta, y más que todo por la diferencia de los caracteres, había entre Vendome y el duque de Borgoña, jefe nominal del ejército francés. La corriente de las desgracias no aflojó en su ímpetu: la Francia, que se hallaba en suma miseria y descontenta de aquella guerra sostenida por intereses no nacionales, sino de familia, fué invadida por el lado de los Países-Bajos, llegando impunemente los enemigos hasta las cercanías de Versalles. Arreció con esto el clamor del pueblo y las murmuraciones de los grandes, éstos deseosos y aquél necesitado de paz, no siendo de los que ménos representaban en favor de ella el duque de Borgoña, disgustado de las hostilidades, y el de Orleans, celoso de la adquisicion que había hecho su pariente Felipe V. Movido Luis XIV por el azote de los recientes desastres, por el cansancio y ago-

tamiento de sus fuerzas y por la disposicion en que se hallaban sus pueblos y hasta su misma familia, se movió á entrar en negociaciones con los aliados. Estos, más que de la paz, deseosos de la humillacion de su contrario, exigieron con grande altivez concesiones que rayaban en absurdas, y á las que no se atrevió á negarse el abatido monarca. La exigencia de los enemigos iba creciendo al par que la condescendencia dilatoria de Luis XIV, llegando á pedir la íntegra restitucion de la monarquía española y la entrega de las plazas guarnecidas por los franceses en garantía del cumplimiento de dicha restitucion. El anciano rey, suspenso en tan grave apuro, daba largas á las negociaciones, entreteniendo el ánimo con esperanzas de mejor partido, y mostrándose tal vez no muy distante de acceder á todo lo que pedían; pero su nieto, en quien se aumentaba la energía con lo mismo que en otros hacía brotar el desaliento, se mostró muy decidido á conservar su corona contra toda la Europa reunida, á pesar del desamparo de sus valedores y de la agitacion y miseria de sus vasallos.

No eran los aliados los más temibles enemigos del rey de España: éralo tanto como ellos, y aún más, porque no trabajaba con armas sino con arterias, el mismo duque de Orleans, que doraba su ambicion con mezquinos pretextos de quejoso. Este influyó en el ánimo del monarca francés para que retirara su proteccion á Felipe V, entró en secretos pactos con Stanhope, se creó á fuerza de amaños y promesas una parcialidad en la misma corte de Madrid, y conspiró, en resumen, por cuantos medios estaban á su alcance, para ceñirse una corona que había sido ocasion de tantas querellas, pretensiones, intrigas y derramamiento de sangre. Supo Felipe los manejos del de Orleans, y acudió á prevenir el éxito de sus planes, haciendo que las Cortes del reino reconociesen solemnemente á su hijo Luis como heredero de la corona y príncipe de Asturias, ceremonia que tuvo lugar en la iglesia de San Jerónimo de Madrid el día 7 de Abril de 1709.

Pero el descontento cundía entre los españoles solicitado por otras causas: temían el desamparo en que los iba á dejar el monarca fran-





cés cuando retirase de ellos sus auxilios, y do-  
liales al mismo tiempo verse tan supeditados á  
la Francia. Esta, representada por Amelot, era  
odiada en extremo por los miembros del parti-  
do español, formada hacia tiempo, y á cuya ca-  
beza figuraba el conde de Montellano, perso-  
naje hábil y popular. La princesa de Ursinos,  
colocada entre dos extremos, obedecía por ne-  
cesidad á las inspiraciones de allende el Pirineo,  
sin descuidarse en templan con halagos la efer-  
vescencia de la opinion. Pero el partido espa-  
ñol, á pesar de su encono á los franceses, no  
por eso era favorable al archiduque, porque co-  
nocia que con la dominacion de éste agravaria  
en vez de corregir los males que se deplora-  
ban. Veíase atacada la integridad de la monar-  
quia, segun constaba de pactos entre Carlos y  
sus valedores, y á la intervencion, humillante  
pero benévola, de la Francia, sucederia la de  
Austria, Holanda é Inglaterra, ménos desinte-  
resada y no ménos humillante por cierto. Esta  
consideracion es la que contenia á todos en la  
obediencia de Felipe. La separacion Montella-  
no de los negocios, que se efectuó por este  
tiempo, suscitó contra Amelot tal cúmulo de  
enemistades, que estuvo á pique de echar por  
el suelo todo el trabajo de los agentes france-  
ses: la princesa de Ursinos pudo conjurar esta  
tormenta, descargando toda la odiosidad del he-  
cho contra Amelot, que tuvo que renunciar á  
su cargo, siendo reemplazado en él por Blecourt;  
ofreciendo ella misma renunciar á su destino,  
para fingir despues que lo conservaba, gracias  
á la mediacion de la reina, y valiéndose, en  
fin, de cuantos medios le sugirieron su discre-  
cion y su astucia. Acabó de aquietar á los más  
descontentos la junta que celebró Felipe de los  
principales próceres españoles, en la que les  
expuso el verdadero estado de las cosas, se ase-  
guró de la lealtad que le profesaban todos, y  
accedió á la separacion de Amelot y de los prin-  
cipales franceses que funcionaban en España.  
Creóse asimismo un ministerio cuyos persona-  
jes estaban escogidos entre los más bien repu-  
tados del partido español, y fueron el duque de  
Medinaceli, el marqués de Bedmar y otros de  
no menor autoridad y representacion.

El entusiasmo renació con esto entre los es-

pañoles, y la confianza en el ánimo de Luis XIV:  
rompiéronse las negociaciones, y enmudecieron  
los partidarios de la paz.

Abierta la campaña de 1709, el marqués de  
Bay derrotó á los aliados en la frontera de Por-  
tugal, quitándonos mucho cuidado por aquella  
parte; pero en Cataluña no permitió que se con-  
siguiesen grandes ventajas la mala intelligen-  
cia que reinaba entre los soldados franceses y  
españoles. Así fué que Staremberg tomó atre-  
vidamente á Balagner forzando á su guarnicion  
á rendirse, sin que el mariscal Bezous, que  
mandaba el ejército francés, quisiera venir al  
socorro de los sitiados, como pudiera muy bien  
hacerlo, por recelo de que los mismos españo-  
les á quienes iba á socorrer no lo atacaran en  
el calor de la refriega. Por otra parte, España  
debía sostener aquella campaña con sus recur-  
sos propios, y las tropas francesas, sin orden  
de provocar ataques, sólo debían estar en Ca-  
taluña mientras no se organizara el ejército na-  
cional.

Una gran derrota que sufrieron en Malpla-  
quet las tropas de Luis XIV, capitaneadas por  
los mariscales Villars y Bouffers, derrota en la  
que dicen que hubo más de treinta mil muer-  
tos, excediendo la pérdida de los vencedores á  
la de los vencidos, y de resultas de la cual ca-  
yeron en poder de Marlborough y del príncipe  
Eugenio casi todas las plazas fronterizas de  
Flandes, fué el hecho más notable de la cam-  
paña de 1709. Quebrantado con su noticia el  
orgullo de Luis XIV, á que se unió también la  
de la defeccion del elector de Baviera, se re-  
signó otra vez á entrar en tratos con las po-  
tencias coligadas. Empezó aparentando recla-  
maciones y desavenencias con la córte de Es-  
paña, y maquinando en las extranjerías por con-  
ducto de sus muchos agentes: ya habia debi-  
litado la resistencia de la Holanda, ofreciendo  
á aquella república abrirle los mercados de  
América y entregarle todo el territorio limítrofe  
de los Países-Bajos españoles, en el que se com-  
prendian muchas ciudades importantes, cuando  
se interpuso Inglaterra y deshizo esta negocia-  
cion, ofreciendo á los holandeses por el tratado  
de las barreras lo mismo y con más segurida-  
des que les habia ofrecido Luis XIV. Pero en la



misma Inglaterra optaba por la paz un consi-  
derable partido: entabláronse, pues, nuevas  
conferencias en Gertruidemberg, á las cuales  
no fué admitido Felipe, por lo que hizo solemne  
protesta contra cuanto se acordase en ellas en  
mengua de su derecho, y tachó de pusilánime  
la conducta de su abuelo, á pesar de que esta-  
ba en secreta connivencia con él.

Exigieron de Luis XIV los aliados que coope-  
rase con sus propias fuerzas al destronamiento  
de su nieto: él se negó á propuesta tan inad-  
misible y loca, y los aliados se negaron tam-  
bien á la que él les hizo de asistirles con un  
subsidio para la guerra de España, concesion  
demasiado grande para ser sincera, así como  
aquella exigencia fué demasiado absurda para  
ser admitida. Rompiéronse, pues, los tratos, di-  
ciendo con mucha razon Luis XIV: «Si he de  
tener que hacer guerra, más quiero hacerla á  
mis enemigos que á mis hijos.» Reanudáronse  
las antiguas relaciones, interrumpidas en  
apariencia, entre las dos córtes de Madrid y  
Versalles, y dióse un golpe mortal al partido  
español prendiendo y encerrando en el alcázar  
de Segovia al duque de Medinaceli, presidente  
del ministerio y cabeza principal de aquel par-  
tido, so pretexto de haber vendido la confianza  
de su señor revelando secretos de Estado á los  
austriacos.

Por más fatigados que se hallasen de tan  
prolija contienda, no murmuraron franceses ni  
españoles porque se hubiesen roto las negocia-  
ciones de Gertruidemberg, considerando con  
cuánta razon las habian deshecho sus respecti-  
vos soberanos, y cuán interesado estaba el ho-  
nor de ambas naciones en apurar hasta el fin  
las consecuencias de aquella lucha. Esta siguió  
empero desmayada y floja, siendo España su  
principal teatro, y torciéndose la fortuna con  
que en ella habian jugado hasta entonces nues-  
tras armas. El rey Felipe, puesto á la cabeza de  
su ejército, compuesto de veintitres mil hombres,  
pasó el Segre el 15 de Marzo, y emprendió re-  
cuperar á Balagner, pero Staremberg llegó á  
tiempo de hacer vana aquella tentativa, forzan-  
do al ejército de Felipe á mantenerse en una  
prudente suspension. Acreció en este tiempo  
nuestro malestar, además de la gran penuria

que reinaba en nuestro campo, por el descuido  
con que se habia mirado el abasto de las tropas,  
la retirada de una gran parte de las que mandaba  
Noailles, con motivo de un insignificante de-  
sembarco que hicieron los enemigos en Cette,  
y el refuerzo que recibieron los imperiales. Des-  
pues de haber pasado ambos ejércitos más de  
cuatro meses sin hacer cosa que de contar sea,  
púsose el archiduque al frente de su reforzado  
ejército, y emprendió á su vez la ofensiva: re-  
plegábase Felipe hácia Lérida, pero cortóle  
Stanhope la retirada, y rechazado nuestro ejér-  
cito, fué batido delante de la villa de Almena-  
ra el dia 27 de Julio, perdiendo mil y quinientos  
hombres y viéndose el rey muy á pique de que-  
dar prisionero. Funestos fueron los resultados  
de aquella accion: decayó el valor en los áni-  
mos de la hueste borbónica, que entró en dis-  
persion, siendo despues muy difícil reorgani-  
zarla é imposible volverle la perdida energía;  
el rey entró en Lérida á guisa de fugitivo; los  
enemigos se apoderaron de Barbastro y Huesca,  
y siguieron los restos del ejército, molestando  
su retaguardia hasta cerca de Zaragoza. El  
marqués de Bay, llamado á dirigir las opera-  
ciones militares, no correspondió á las esperan-  
zas que se habian depositado en él, y el crédito  
que le habia dado la pasada victoria de la Gu-  
diña: dejó que los aliados llegaran hasta las  
mismas puertas de Zaragoza, y allí les presen-  
tó una batalla que ganaron, á pesar del empe-  
ño con que la sostuvieron los nuestros; con lo  
cual Felipe hubo de trasladarse pesaroso á Cas-  
tilla, y su rival se posesionó nuevamente de  
Aragon y devolvió á los aragoneses sus per-  
didos fueros. Digno es de notarse que Valencia  
permaneció en este trance fiel á Felipe, por  
más que solicitasen su levantamiento los insur-  
gentes del Austria, y por más que aquél la hu-  
biese maltratado en sus libertades.

Pocos dias despues del accidente de Zara-  
goza, trasladóse el pretendiente á Madrid, don-  
de verificó con gran solemnidad su segunda  
entrada, y creó un gobierno de poca consis-  
tencia y duracion brevísima. Felipe habia tras-  
ladado su córte á Valladolid, teniendo en medio  
de su desventura el consuelo de ver con cuánta  
efusion se presentaban á seguir su buena ó





mala suerte los españoles: el secreto de esta simpatía estribaba en la conformidad de los caracteres; tanto los súbditos como el monarca eran indolentes en la prosperidad y enérgicos en la desgracia. Placiales á aquéllos ver reproducidos en éste todos sus movimientos y cualidades. Así fué que Felipe, fugitivo, tuvo en Madrid una acogida mucho más benévola que su rival triunfante, y cuando efectuó su retirada á Valladolid, la capital quedó desierta, abandonando más de treinta mil almas sus hogares para trasladarse á aquel punto en acompañamiento de su rey. El archiduque, por el contrario, fué recibido con un silencio de mal agüero, y sus ilusiones se desvanecieron hasta tal punto, que salió sin detenerse de Madrid, y se retiró despechado á un pueblecillo de las cercanías. El marqués de Mancera, noble y venerable anciano, se negó á reconocerlo por su rey, el paisanaje molestaba á su gente en cuanto le era posible, y salvo muy pocos ejemplares, todos procuraban mostrarle más ó menos á las claras el disgusto de sus pretensiones.

Luis XIV, temeroso de los graves empeños en que se había puesto, y decidido á exigir de su nieto la cesion de su corona, si España no contase con bastantes recursos para sostener por sí sola aquel compromiso, envió á España á Noailles para que resolviese tan delicado punto. Sabedora de esta resolucion la grandeza española, reunióse en junta, y decidió acudir en tono de súplica á Luis XIV para que no les negase sus auxilios; Felipe, por su parte, se mantuvo inflexible en cuanto á la renunciacion de su soberanía, ofreciendo en el caso de mayor apuro trasladar á sus posesiones trasatlánticas el asiento de su gobierno. El prudente y distinguido Vendome vino de Francia para dirigir las operaciones militares: España brindó su sangre y sus tesoros; de todas partes acudian voluntarios para alistarse en las banderas de Felipe; por todas partes se levantaban en su favor audaces guerrillas que causaban mucha molestia á los coligados, y Vendome, asombrado y conmovido por la generosa constancia de los castellanos, no pudo ménos de exclamar que el archiduque no podría mantenerse en Madrid, aunque tuviese doble fuerza de la que tenía.

Levantóse la córte de Valladolid, localidad insegura; los tribunales supremos se establecieron provisionalmente en Vitoria; la reina se trasladó á Corelia, y Felipe se unió con el ejército.

Vendome se dedicó con gran actividad y esmero á organizar y disciplinar á sus soldados, bisoños casi todos, y con más entusiasmo que instruccion, secundado hábilmente por los jefes españoles Valdecañas, el duque de Pópoli y los condes de Aguilar y de las Torres. Mientras tanto los imperiales iban gastándose por la ociosidad y por los excesos, ó cayendo diezmados bajo el fuego de las guerrillas. Empezó Vendome sus operaciones impidiendo por medio de un diestro movimiento que las tropas portuguesas fuesen á unirse con las del archiduque. Este, desesperado de poder mantenerse en Madrid, se trasladó en primer lugar á Toledo, donde su gente cometió los más horribles excesos, y despues emprendió con todo el ejército el camino de Aragon. Felipe volvió á entrar en Madrid el dia 3 de Diciembre de 1710, acompañado de Vendome, y despues de haber recibido las frenéticas aclamaciones con que lo saludó el vecindario, salió de allí á los tres dias para reunirse con su ejército, que iba ya bajo el mando de Valdecañas en persecucion del enemigo.

Desastrosa fué para éstos aquella marcha; la hueste de Vendome les andaba á los alcances; las guerrillas no dejaban de hostilizarlos; los paisanos los espiaban para dar aviso de todos sus movimientos. Stanhope, que quedó rezagado con seis mil hombres, fué hecho prisionero de guerra con todos ellos en Brihuega, despues de una heroica defensa que duró muchas horas, y que costó la vida á mil quinientos de los suyos y doblado número de los nuestros. Señalóse por su valor en aquel asalto de Brihuega el conde de San Estéban de Gormaz, que habiendo preso por su mano á algunos generales ingleses, obtuvo en rescate de ellos la libertad de su padre el marqués de Villena, ex-virey de Nápoles, que habia sido hecho prisionero en Gaeta, segun queda ya referido, y que desde entonces seguia en calidad de tal y tratado con mucha dureza.

Staremberg, á quien Stanhope habia remitido



do noticia del riesgo en que se hallaba, reunió sus tropas y volvió atrás para socorrerlos; pero ya era tarde: el general inglés se habia rendido, y Staremberg sólo encuentra el ejército español en orden de batalla. Trábase con esforzado ímpetu de unos y otros; Felipe se pone al frente del ala derecha, y arroja la caballería contraria; pero este movimiento deja descubierta el flanco de su infantería, y los aliados acometieron con tanto esfuerzo, que se dió por nosotros la señal de retirada; los oficiales españoles, peleando como simples soldados en las filas, logran restablecer el ánimo de nuestros soldados, y Valdecañas, al frente de la reserva, se arroja contra los imperiales causándoles considerable destrozo. La noche puso término á la batalla, quedando indecisa la victoria, y muy llenos de honra los dos jefes: verdad es que Staremberg quedó dueño del campo de batalla; pero fué mayor su pérdida, y al fin hubo de retirarse aquella misma noche, dejando antes inutilizada su propia artillería y la que dejó en el campo Vendome. Tal fué la accion de Villaviciosa, así llamada porque tuvo lugar en su campo próximo á este pueblo, á fines del año 1710. Sus resultados fueron muy ventajosos á Felipe, que tal vez debió á ella el conservar en sus sienes la corona. Replegóse Staremberg á Cataluña, y el rey entró en Zaragoza, que volvió á su obediencia con toda la provincia: la córte fué de nuevo trasferida á Madrid, y el ilustre Vendome murió de apoplejia poco tiempo despues de la batalla.

Continuaron, á pesar del rigor de la estacion, las operaciones de la guerra en Cataluña. Noailles, con su division de franceses, se apoderó de Gerona por capitulacion, y los españoles por su parte ocuparon una porcion de plazas, ciñendo cada vez á más estrechos límites el territorio donde dominaba el pretendiente. Quedaron aplazados para la próxima campaña los sitios de Barcelona y Tarragona, lo cual fué en verdad una falta, porque encendidas como se hallaban las hostilidades en un tiempo tan avanzado, hubiera convenido seguir las hasta la total consecucion del objeto, sin dejar tiempo al contrario para que rehiciera sus fuerzas y se recobrara de sus pérdidas.

Entretanto en Flandes continuaba eclipsado el astro de Luis XIV, quejosa la Francia y afortunado Marlborough. Donay, Bethune, Saint-Venant y Aire habian quedado en poder de los aliados, y la gran monarquía estaba amenazada por su frontera. Así se compensaban los logros con los reveses, si bien ya nadie dudaba que, al cabo de más ó ménos tiempo, á costa de más ó ménos desastres, el objeto primordial de la guerra estaba ya conseguido y asegurada la posesion por la nueva dinastía de la corona de España.

A pesar de la efervescencia aparente de uno y otro partido y del incesante y prolongado juego de las armas, aproximábase lenta pero necesariamente la sazón de la paz tras aquella dispendiosa y porfiada lucha. Muchos acontecimientos parciales la preparaban, coadyuvando á ello tambien el cansancio de los ánimos, el desaliento de los rencores y pretensiones, y la insensible avenencia de los intereses. El duque de Saboya, descontento del emperador, entabló negociaciones secretas con el rey de Francia, las cuales, aunque fueron descubiertas y no tuvieron efecto, obraron no obstante como causa disolvente, introduciendo entre los aliados semillas de mútuo recelo. Murió el delfin, celoso partidario de la guerra, y José, emperador de Alemania y hermano del archiduque, murió tambien en el mismo año (1711), por lo cual Carlos partió de Cataluña para ceñirse la corona imperial, sin renunciar empero á su pretension, por más que ésta no fuese ya conveniente á las miras de otras potencias. A todo esto en Inglaterra se habia creado una nueva situacion: decayó de la confianza de la reina Ana su favorita la duquesa de Marlborough, y la sustituyó en el favor real una parienta suya llamada Mistriss Mashans, adicta al partido tory, con lo cual cayeron los wighs, y en conformidad con la tendencia popular y con las secretas afecciones de la reina, hubo mudanza de ministros y alteracion en la marcha del gabinete británico. Marlborough, aunque tachado de codicia, fué respetado por los torys, conservándole el mando del ejército; pero vió caer á su familia y amigos, y sucederles Harley, jefe de los torys, lord Bolingbroke, que